

hombre es Christiano, y no ha podido resolverse á cortarla. Pero era todo lo contrario; porque el cobarde, y ciego Médico, creyendo hacer algun beneficio á el Martir, escusándole mayor pena, se la cortó mas á raiz de lo que se acostumbraba, y de un modo que no podía libertarse de la muerte sin milagro. Prenden pues al Médico, y llévanlo ante el Juez para que dé cuenta de su operacion. Pregúntanle de qué nace que aquel á quien se le ha cortado la lengua hable, porque el Santo no habia dexado de hablar desde que comenzó; antes bien publicaba las grandezas de Dios, los prodigios que habia obrado en su favor; conversaba con los presos acerca de la muerte, y de la Resurreccion de Christo, de sus victorias, de la santidad de su Religion; y esto duró por muchos meses continuados. Ved aquí un milagro de la Iglesia, que vale por tres de la Sinagoga.

Amenazó el Juez al Médico con la muerte, porque no executó lo que le habia mandado; pero sabia muy bien todo lo contrario, y así le era facil el justificarse; pues como ya hemos dicho, conservaba de intento la lengua; y así respondió al Juez, que estaba sumamente encolerizado: Señor, aún tengo en mi casa la lengua que corté á Romano. Mandad que se me entregue uno que no sea tan particularmente protegido de Dios, como lo está este: permitid que corte su lengua hasta donde esta fue cortada; y si no muriese, vengo en que se me quite á mí la

la vida. Traen al punto un hombre condenado á muerte; y habiendo tomado el Médico la medida por la de Romano, corta á la misma distancia la del reo: y apenas retiró la navaja, quando al punto cae muerto este. Así se verificó el milagro para gloria de Dios, y consuelo de los Fieles.

La muerte de S. Romano se puede ver en la Historia de los Mártires de Palestina, en este tom. pág. 77. n. 5.

## HISTORIA

DEL MARTIRIO DE UN NIÑO,  
QUE PADECIÓ CON S. ROMANO.

*Escrita en verso por Prudencio, Hymno décimo del libro de las Coronas.*

Año de Jesu-Christo 303, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

**B**Asteos, decia S. Romano (1), lo poco que hemos descubierto acerca de los Misterios de nuestra salvacion, y de la esperanza que se nos ha dado de la eterna felicidad: sobre estas materias se debe guardar un silencio respetuoso; y Jesu-Christo nuestro Maestro nos prohíbe echar las margaritas á los puercos para que no las pisén, y no empañen su blancura, y brillantez. Pe-  
ro

(1) Hablaba S. Romano al Gobernador de la Palestina, llamado Aselepiades.

ro puesto que no nos es permitido daros un conocimiento mas claro de estos profundos, y divinos secretos de nuestra Religion, como por otra parte la razon sola sin el socorro de la fe, es inutil para penetrar su profundidad; contentémonos con consultar las cosas que nos rodean. ¿Quereis que hagamos hablar la naturaleza? ¿Que se explique con toda su pureza? Pues no quiero otro testigo de las verdades que he proferido, que aquel á quien esta naturaleza simple, y sin artificio hiciere hablar por sí misma; á este acepto por juez. Traed á un niño de siete años, y de menos, si quereis, con tal que nada sepa del arte de adular, que no tenga ni inclinacion, ni aversion; y que esta pequeña alma, hallándose aún en una perfecta indiferencia, obre por los movimientos enteramente puros de una naturaleza inocente. Hagamos la experiencia; y sea hoy la infancia maestra de la edad perfecta: sepamos de una lengua, que no sabe sino tartamudear, lo que debemos creer de la Divinidad: pronto estoy á obedecer al testimonio que diere de ella.

Acepta el partido el Gobernador: manda traer un niño, á quien le quitan del pecho de su madre. Ahora bien, pregúntale, le dice á Romano, y convengo en que nos sujetemos á lo que los Dioses nos anunciaren por su boca. Impaciente Romano por hacer la experiencia: Dinos algo, hijo mio, le dice al niño, y decláranos cuál de las dos cosas te parece la mas puesta en razon, y mas conforme á la verdad, ¿ó adorar á un solo Dios

Dios Jesu-Christo, ó adorar á muchos Dioses? Sonrióse el niño, y respondió sin detenerse: Lo que los hombres adoran, y á lo que llaman Dios quien quiera que sea, debe ser uno: porque este Dios tiene un Hijo Unico, que no hace sino un Dios con su Padre; y este es Jesu-Christo. Pero el que haya muchos Dioses, añadió despues, ni aun los niños lo creen. Quedóse pasmado el Tirano á vista de una respuesta tan clara, y tan inesperada, sintiendo al mismo tiempo cierto furor en el alma, y mucha vergüenza, y confusion en la cara. Por una parte no le permitían las leyes violentar á una edad tan tierna; por otra, el loco encaprichamiento que tenia por sus Dioses, le obligaba á castigar unas palabras para ellos tan injuriosas. ¿Quién te ha imbuído tan bien, le dice, rapaz impío? Señor, le respondió el niño, mi madre es de quien he aprendido estas verdades; y Dios es quien se las ha enseñado. Este ha sido el primer sustento que me ha dado: con la leche de sus pechos he mamado el conocimiento de un solo Dios; y el nombre de Jesu-Christo es la primera palabra que me enseñó á pronunciar. Pues que traigan á su madre, exclamó el Gobernador lléno de rabia; que venga á ser testigo del feliz éxito que ván á tener sus bellas instrucciones. Sea la muerte de tu hijo la recompensa de la doctrina, que le has inspirado, que razon es que llores la pérdida de aquel á quien tu impiedad ha perdido. Pero no permitan los Dioses, que una sangre tan vil, y tan des-

despreciable manche la espada de nuestros verdugos : la muerte le serviría bien presto de suplicio : el de su hijo será para ella mas dilatado , y sensible ; porque ya se sabe , que el tormento mas riguroso que se puede hacer sufrir á una madre , es hacer padecer á su hijo á su vista.

Manda , pues , que suspendan en el aire á este pequeño Martir , despues de haberlo desnudado , y que azoten cruel , y sangrientamente á este delicado cuerpo. Hacen mil pedazos las varas á su carne inocente ; y de sus llagas sacan mas leche que sangre. Un peñasco se hubiera enternecido al ver semejante espectáculo ; y hasta el mismo marmol , y el bronce perderían su insensibilidad natural. Quantas veces descargaba el golpe el cruel mimbres sobre esta tierna víctima , otras tantas salía cubierto de nueva sangre. Deshacíanse en lágrimas todos los asistentes : hasta los verdugos dieron señales de compasion : viéronse correr las lágrimas aun en aquellos rostros amenazadores : estos ojos enjutos siempre á vista de los mas horribles tormentos , no pudieron dexar de enternecerse por entonces. Lloran todos , excepto Asclepiades , y la madre. Muestra esta generosa muger una alegría tranquila : el amor de Jesu-Christo sostiene en ella el amor materno : quítala su flaqueza natural , y la hace mas fuerte que el mismo corazon de los verdugos , y el Tirano. Triunfa la gracia de la naturaleza en el corazon de una madre : endurecele ; y ahogando en él todos los sentimientos de una piedad grande , la ase-

gu-

gura por una constancia que le inspira del todo christiana. No obstante , abrasado este pobre niño de una ardiente sed causada del rigor del tormento , pide de beber. Tengo sed , exclama : que me den un poco de agua. Pero su madre , avanzándose á él , y tomando un aire severo , y un tono de voz mas animoso que lo regular : ¿ En qué piensas , hijo mio ? le dice. El temor acaso te turba el juicio ; ¿ y de este modo cedes al dolor ? Mas firmeza esperaba yo de tí ; y habia respondido yo á Dios de tu constancia. ¿ Qué el fruto de mis entrañas se desalienta ? ¿ Te he dado yo la vida para tener el dolor de verte temer la muerte ? Pides un poco de agua , y vas dentro de un momento á la fuente de las aguas vivas : de aquellas aguas , que corriendo sin interrumpir su curso en las almas santas , aplacan su sed , y apagan todo el ardor. Allí es , hijo mio , allí es adonde es necesario ir á beber una dichosa eternidad. Sufre un poco mas , y te hallarás en esos corrientes deliciosos : no obstante , si no sientes acá abaxo otra sed que la de ver á Jesu-Christo. Ay , hijo mio ! si tú pudieses llegar tus sedientos labios á esta divina fuente : si tu seca lengua llega solamente á tocarla , ya no hay mas sed que temer ; y tu corazon enteramente satisfecho , se hallará en una eterna felicidad. Ahora es necesario que bebas las aguas amargas del caliz del Salvador : mil niños mucho mas tiernos que tú , lo bebieron antes que tú , hijo mio:

es-

esta tropa de Mártires prefirió en la cuna la amargura de estas aguas á la dulzura de la leche; pero apenas la gustaron, quando esta se les convirtió en una delicia, que no se puede explicar. Anímete este exemplo, ¡ó generoso niño, ó hijo mio, y mi único consuelo! La virtud se ha hecho para todas las edades; y el Padre comun de los hombres no excluyó á la infancia; quiere que tenga sus triunfos como la edad mas avanzada. Ya te dixé muchas veces, quando te enseñaba á expresar tus pequeños pensamientos, con palabras todavía balbucientes, y sin duda te acordarás, que Isaac era hijo único; pero estando para ser ofrecido al Señor, mirando á el altar en que debía consumir su sacrificio, subió á él con valor; y sin dar á entender repugnancia alguna, presentó su cabeza á su padre, que debía ser el sacrificante. Tambien te conté algunas veces el famoso combate de aquellos siete hermanos contra el tirano Antidio: todos siete habian salido de un mismo seno; y la que les dió la vida, viendo por una parte los suplicios que les preparaban, y por la otra las recompensas que les estaban ofrecidas, no dudó un momento: ya se sabe, que eligió los suplicios para los que eran parte de sus entrañas. No temais, hijos míos, les dice, derramar mi propia sangre, que corre en vuestras venas: derramadla generosamente por la gloria del Dios que adoramos, del Dios de nuestros Padres. Sus ojos fueron testigos de los tormentos que les hicieron padecer, sin que se la

vie-

viése derramar una sola lágrima; vió dar á todos siete una muerte cruel, sin que se la oyese dar el menor suspiro. Brillaba en su rostro la alegría, quando los verdugos metían á el uno en aceite hirviendo, ó aplicaban á el otro planchas de cobre hechas asquas. Redoblábase su alegría quando arrancaban á este el pellejo de la cabeza, y por una burla inhumana se la cubrían despues con un cascote de una olla, en ademan de una corona real. Valor, hijo mio, le decia ella, ese cascote se convertirá bien presto sobre tu cabeza en una corona toda resplandeciente de piedras preciosas. Y quando por orden del Tirano se le cortaba á otro la lengua, decia esta admirable muger: En fin, ya hemos llegado al colmo de la gloria, puesto que Dios se digna aceptar en sacrificio la parte de nuestro cuerpo, que es mas digna. Sí, Señor, una lengua que ha tenido el honor de confesar vuestro santo nombre, es una víctima digna de vos. Justo es que esta fiel intérprete de los pensamientos; que esta emisaria del corazón; que esta sabia confidente del alma, de que se sirve uno tan felizmente, ó para aliviar sus penas, ó para confiar sus secretos: justo es, digo, que esta parte del cuerpo, que vos nos habeis dado para cantar vuestras alabanzas, sea puesta sobre vuestro altar, como las primicias del entero sacrificio, que estamos prontos á hacer de todo. Obtenga ella el mismo honor para todos los demas miembros, y presénteoslos, Señor, como la que es su cabeza, y su conductora.

Tom. II.

N

De

De este modo, hijo mio, continúa la madre de nuestro pequeño Martir, animaba á sus hijos la madre de los Macabeos, por estas palabras llenas todas de un fuego noble, y generoso, á que muriesen por la ley de Dios; y por su muerte triunfó siete veces de aquel Tirano, y se vió colmada de una gloria inmortal. En tí consistirá, hijo mio, que yo no tenga que envidiarla; y tú puedes hacerme la madre mas, y mas dichosa. Suplícotelo por este seno en que fuiste concebido, y que por nueve meses te ha servido de retiro, y de habitacion. Si has hallado algun placer en mamar la leche que mis pechos tan liberalmente te han franqueado: si el sueño que tantas veces has tomado sobre mi regazo, y entre mis brazos, puede algo contigo, y ha sido para tí de tanto gusto: si yo nada he perdonado porque tuvieses todos los gustos, y juguetes que tanto agradan á la infancia; no te acobardes, y muere, hijo mio, por aquel que es el único autor de todos los bienes celestiales.

Mientras que esta madre, verdaderamente christiana, procuraba inspirar á su hijo una fuerza, y una constancia superior á la flaqueza de su edad, este generoso niño se reía de los tormentos, y parecía que insultaba al dolor. Viendo esto el Prefecto, le hizo desatar, y llevarlo á la carcel; y quiso que Romano, como que era quien habia dado ocasion á todo este desorden, fuese atormentado sucesivamente con un extremo rigor. Tómanle, pues, los verdugos; vuélvese á

en-

encender su furor, aun no aplacado, introduciendo el hierro en recientes, y sangrientas llagas. Excítalos el mismo Romano, llámalos cobardes: Ah, hombres de poco valor, les dice, si es que mereceis que se os llame hombres: vuestros débiles, y trémulos brazos aun no han podido trastornar este mal edificio, que ya amenaza ruina por sí mismo: ya casi no tiene apoyo; y con todo eso os faltan las fuerzas para abatirle; y siempre se resiste á que vuestros inútiles esfuerzos le acaben. ¿No habeis visto con qué ansia despedaza una trailla, ó porcion de perros á un ciervo, que les ha tocado en parte de la caza? ¿Qué furor no muestran los buitres, quando descubren algun cadaver! Se echan encima, y lo dividen en pedazos, sirviéndose para esto de su pico, y de sus uñas. Aprended, pues, de las bestias carniceras á ser mas furiosos con la presa que teneis entre manos. Ah miserables! Os devora la hambre, y no haceis diligencia alguna por saciarla: yá que teneis la voracidad de los lobos, ¿por qué no teneis su furor? Estas palabras le llegaron hasta lo vivo á Asclepiades, y le determinaron á pronunciar sobre la marcha la sentencia de muerte contra aquel que las pronunciaba con este ánimo. Pues ya que tienes una ansia tan grande de morir, le dice, es necesario satisfacerla; ahora bien, tú serás quemado vivo, y en poco tiempo se verá reducido á cenizas tu cuerpo. Entonces el Santo Martir, como los verdugos le llevasen al lugar del suplicio, volvién-

N 2

do-

dose hácia el Prefecto: Apelo, dixo, al Tribunal de Jesu-Christo mi Dios. Ah, esto ya es demasiado, dixo precipitadamente el Gobernador: ¿para qué se ha de diferir mas el castigar la impiedad? Que perezcan ambos á dos Maestro, y Discípulo; y puesto que el delito es uno mismo, que sea tambien la pena igual: Vengue la espada el delito del Discípulo, y expie la llama el del Maestro; y en fin, mueran uno, y otro; pero sea diferente la muerte en ambos.

Mientras que se disponía la hoguera, preparaba el verdugo su alfange para quitar la vida á nuestro pequeño Martir. Quiso llevarle su madre por sí misma hasta ponerle sobre el cadahalso, á la manera que en el principio del mundo llevaba Abel un tierno corderillo, escogido entre mil, para irle á ofrecer á Dios sobre un altar de céspedes; y habiendo pedido el verdugo el niño, esta santa muger se lo puso al punto en sus manos. Ni se detuvo á derramar una lágrima, ni deshonoró su sacrificio con señales de una tristeza poco religiosa; contentóse solamente con besar este querido hijo por la última vez, y le dixo estas breves palabras: A Dios, hijo mio, á Dios, vé donde te llama tu feliz destino; pero quando estuvieres con Jesu-Christo, acuérdate á lo menos de tu madre: hasta aquí te llamé mi hijo, de aquí en adelante te llamaré mi Señor, mi protector. Dicho esto, tomando el verdugo con una mano aquella inocente cabeza, la cortó de un golpe. Y la piadosa madre cantaba entretanto

es-

este versículo de uno de los sagrados Cánticos de David: ¡Qué preciosa es la muerte de los Santos delante de Dios! Este, ó Dios mio, era vuestro siervo, y el hijo de vuestra esclava. Tendió su velo para recibir aquella cabeza, que tanto amaba, y para no perder nada de la sangre que salía á borbotones de las cortadas venas. Juntó despues la cabeza á su cuerpo, y cargada de estos preciosos despojos, se fue á depositarlos en el lugar mas honorífico de su casa.

## HISTORIA DEL MARTIRIO DE S. VICENTE, DIÁCONO DE VALENCIA

EN ESPAÑA.

*Escrita en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el libro de las Coronas.*

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

**S**EA para nosotros, ó ilustre Vicente, este dia que ilustró vuestro triunfo, y que puso sobre vuestra victoriosa cabeza una corona de laureles regados con vuestra sangre, un dia sereno, y sin nubes. Testigo fue de vuestra gloria, quando despues de haber abatido á vuestros pies la crueldad de los tiranos, y de los verdugos, os

Tom. II.

N 3

ele-